



# RHPT

REVISTA HISTORIA PARA TODOS

AÑO 6

NÚMERO 12°

ISSN 2451 - 6333

TODOS LOS  
DERECHOS  
RESERVADOS



# Índice

## DOSSIER

- 08 | A modo de introducción: Actos escolares y efemérides desde nuevas perspectivas, en búsqueda del desarrollo de la cultura de la participación en las escuelas.  
**Pablo Daniel Mena**
- 14 | Incertidumbres y expectativas. La crisis de 1808 y la Revolución de Mayo en Tucumán.  
**Georgina Abbate**
- 22 | "Tucumán y Charcas -o el "Alto Perú"-: la lucha entre "patriotas" y "realistas" durante el proceso revolucionario (1809-1825)".  
**Marisa Davio**
- 32 | Los tucumanos y la batalla del 24 de septiembre de 1812.  
**Gabriela Paula Lupiañez**
- 42 | Los tucumanos frente a la independencia.  
**Gabriela Paula Lupiañez**
- 

## SECCIÓN ARTÍCULOS

- 54 | El anfiteatro de itálica como patrimonio de la humanidad.  
**José David Mendoza Álvarez**
- 64 | Fotografía y criminología: desarrollo y consolidación del retrato policial en Buenos Aires, 1880-1890.  
**Gian Paolo Palavecino Sepúlveda**
- 74 | Repercusiones por la presentación de los apuntes de José Batlle y Ordoñez acerca de la instalación de un Poder Ejecutivo Colegiado. Disputas y acuerdos en la política uruguaya (1913).  
**Hernán Marta Gómez - Aline Lemarquand Chans**
- 88 | ¿Ciencia para el "desierto" argentino? Ideas y propuestas de Eduardo L. Holmberg en la década de 1870.  
**Paula Bruno**
- 104 | Christine de Pizán (1364 – 1430). Un acercamiento a su experiencia literaria personal de la idea de paz - guerra en La Guerra de los Cien Años (1337 - 1453).  
**Soledad María de los Ángeles Barrios**
- 

## SECCIÓN TUCUMÁN

- 116 | El Gusano de la huelga. Tucumán entre el 13 y 17 de enero de 1919.  
**Gabriela Sayoud**
- 122 | La lucha azucarera con rostro de mujer. Análisis de la película "El Rigor del Destino" de Gerardo Vallejo.  
**Gladys Graciela González**
- 

## SECCIÓN RESEÑAS

- 132 | Isidoro Teichmann (en colaboración con Rosa Teichmann) / El privilegio de vivir. Memorias de un sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial, Buenos Aires, Ediciones Lumiere, Septiembre de 2007.  
**Gabriela Paula Lupiañez**
- 136 | Mara Burkart / De Satiricón a HUMOR. Risa, cultura y política en los años sesenta, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2017.  
**Miguel Ángel Ochoa**

# ¿Ciencia para el “desierto” argentino? Ideas y propuestas de Eduardo L. Holmberg en la década de 1870

Paula Bruno

## I. HOLMBERG COMO PIONERO CULTURAL

En una caricatura del dibujante español Cao, publicada en *Caras y Caretas* en 1900, Eduardo Ladislao Holmberg (1862-1937) aparece como una figura desalineada a la vez que atractiva: insectos y víboras salen de sus bolsillos, sostiene una jaula habitada por un águila de contornos prusianos, y está rodeado por una bolsa repleta de huesos, un caracol determinado se acerca a sus pies. Esta imagen, cristalizada en el cambio de siglo, despuntó décadas antes. Holmberg, desde 1870, se perfiló como una figura singular y pintoresca: realizó la primera descripción exhaustiva de las arañas y las abejas del territorio nacional, a la vez que escribía ficciones sobre viajes a Marte y luchas encarnizadas en las calles de Buenos Aires entre darwinistas y anti-darwinistas; fundó la revista *El naturalista argentino*, mientras participaba en las discusiones sobre las definiciones para un diccionario de argentinismos; siendo un médico graduado de la Universidad de Buenos Aires, sostenía que las patologías más sencillas se seguían resolviendo con los consejos de la curandería y las medicinas caseras.

Este tipo de figura respondía a las características de un ambiente cultural que en la década de 1870 tenía dinámicas que permitían la convivencia de perfiles diversos: naturalistas extranjeros y los primeros hombres de ciencia hijos del país, inmigrantes devenidos intelectuales y prominentes figuras que empezaban a poblar las cátedras y fundar asociaciones de la vida cultural, aventureros que se convertían en letrados, entre otros. Cada una de estos personajes, a la vez, realizaba tareas muy diversas entre sí en un contexto que aún estaba lejos del de las profesiones y los campos disciplinares tajantemente definidos.

Fue un momento cultural efervescente el que habilitó la definición de estos perfiles culturales que denominé en otros trabajos “pioneros culturales”: se trataba de figuras que con sus quehaceres, producciones intelectuales y acciones abrían espacios, marcaban agendas, proponían caminos para un país que estaba, de acuerdo a la percepción de los protagonistas, en pleno proceso de transformación.

## II. EL CAOS DE LAS “LLANURAS INMENSAS”

En este marco general, Holmberg pensó la Argentina de la década de 1870 –no siempre formal o sistemáticamente– en obras de carácter científico, producciones literarias y otras publicaciones miscelánicas<sup>1</sup>. Para entonces, ya se perfilaba como un naturalista y un escritor de ficciones<sup>2</sup>. Sus diagnósticos sobre la realidad argentina partían de la descripción de dinámicas caóticas y convulsiones en varias esferas: territorial, política, social y cultural.

La cuestión territorial preocupaba a Holmberg desde un viaje a la Patagonia de 1872. La misma se expresaba en la vulnerabilidad de las fronteras, el desconocimiento sobre la geografía –y el resto de los aspectos físicos–, y la situación poblacional. En el primer aspecto, ironizando sobre la posibilidad de hacer un congreso científico en algún lugar del país, no dudaba en señalar que si se lo realizaba en “Jujuy, os exponéis a que los bolivianos o los chilenos arrebatan a los sabios; si lo lleváis a la Patagonia, los tehuelches harán otro tanto [...] si lo lleváis a Córdoba, las mangas de langostas [...] devorarán a todos los sabios [...] Si la cuestión se discute en el Rosario, sólo se reportará provecho bajo el punto de vista del fomento territorial, lo que nada importa en este caso”. En el remate de estas observaciones caracterizaba a Buenos Aires como la “ciudad que por todas razones se presta a ser el centro de donde emanen los rayos de la ciencia”<sup>3</sup>.

A la indefinición de fronteras precisas de la nación, la permeabilidad de las mismas y la centralidad de Buenos Aires, se su-

1 Los listados más completos de las producciones de Holmberg son los siguientes; “Bibliografía del doctor Eduardo Ladislao Holmberg por Cristóbal M. Hicken”, en Holmberg, Luis: Holmberg. El último enciclopedista, Buenos Aires, s/e, 1952, pp. 163 a 180 y Marún, Gioconda: “Obras literarias de Eduardo Holmberg”, en Id. “Introducción” a Holmberg, Eduardo L.: Olimpio Pitango de Monalia, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1994, pp. 64 a 66.

2 Para una biografía de Holmberg puede verse Bruno, Paula, Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

3 Holmberg, Eduardo L., Dos partidos en lucha. Fantasía científica, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, p. 117.

maba el problema de la extensión de las "llanuras inmensas, de extrema fertilidad". Para Holmberg, a diferencia de varios de sus contemporáneos, la inmigración no era una solución obvia para resolver los problemas del "desierto argentino". Desde su perspectiva, si a la escasa organización interior del país se sumaba la afluencia de pobladores de otros países, los resultados podían ser preocupantes, ya que para poblar se "solicita el concurso de las otras naciones, que le envían elementos de todo género, buenos y malos, los cuales, en vez de desparramarse lejos de los grandes centros de población, se acumulan en ellos, contribuyendo poderosamente a acentuar más y más el carácter y fisonomía heterogénea que en todos sus elementos palpita"<sup>4</sup>.

Respecto de las preocupaciones sobre la política, puede señalarse que Holmberg no depositaba su confianza en los conductores de la misma, pero tampoco en el "pueblo" –entendido en términos genéricos-. Las dinámicas que habían acompasado la vida desde la revolución de 1810 eran por él descritas como constantes agitaciones y luchas de facciones. Al describir a la sociedad, se sorprende ante "un pueblo original" y agitado "por convulsiones vivísimas, y cuando estas no se presentan de una manera espontánea, el pueblo las crea, las formula, las modela, las ensancha, les da movimientos y vida, hasta que el vértigo de una actividad regeneradora, las hunda ante una nueva convulsión, para volverlas a elevar y para volverlas a hundir"<sup>5</sup>.

La dinámica atribuida por Holmberg al actor colectivo "pueblo" postula la idea de que en cualquier circunstancia -desde una confrontación política real hasta, como se verá una lucha científica imaginaria-, éste puede participar movido por el instinto o por impulsos que no él no comprende. El extremo de esta caracterización queda narrado en una obra en la que Holmberg describe una lucha entre facciones científicas –que quizás pueden leerse en clave de parodia de las luchas entre faccio-

nes políticas que no cesaban de tener lugar en Buenos Aires<sup>6</sup>; se trata de *Dos partidos en lucha* (1875). Allí se narra cómo se organizan rápidamente dos grupos que comienzan a difundir en forma pomposa sus propósitos y generan una polarización de la sociedad porteña -que no siempre comprende claramente cuáles son los propósitos de los grupos que se oponen entre sí-. El autor sintetiza la idea de la rápida organización de facciones científicas (en la novela) y la entrada en una nueva lucha casi como un deporte: "como los colores de los partidos políticos se habían fundido en el celeste y blanco de la unidad nacional después de resolverse las luchas electorales con el casi nombramiento del nuevo presidente de la República, el pueblo, que sólo se considera satisfecho cuando hay una lucha como consecuencia de la diversidad de ideas sobre un punto cualquiera, resolvió adoptar una resolución suprema"<sup>7</sup>; que no fue que más que entrar en otra lucha, organizar los medios de prensa para difundir las ideas de los partidos, organizar mítines en los que los líderes de las facciones expusieran sus ideas y actividades similares ligadas a la movilización, o a lo que Hilda Sabato ha denominado, para analizar la época, "la política en las calles"<sup>8</sup>.

Si asó es caracterizado el "pueblo", constantemente tensionado entre "la guerra civil o la guerra nacional"<sup>9</sup>, no es más optimista la descripción de los hombres que conducían la política en esta década. En descripciones sobre ellos priman miradas críticas que los pinta más preocupados por mostrar oratoriamente su superioridad que por dar soluciones a los reales a los males de la sociedad (se encuentran, en este sentido, descripciones lapidarias de Domingo F. Sarmiento, Nicolás Avellaneda, Bartolomé Mitre y Adolfo Alsina en explícitas en *Dos partidos*

4 Holmberg, Eduardo L., *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac. Fantasía espiritista*, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875, p. 145.

5 Holmberg, Eduardo L., *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac. Fantasía espiritista*, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875, p. 146.

6 Véase Hernán Feldman, "Un límite para el límite: las formas de hacer política en *Dos Partidos en Lucha* de Eduardo Ladislao Holmberg", en *Cuadernos de Literatura*, julio-diciembre de 2008, pp. 92-108.

7 Holmberg, Eduardo L., *Dos partidos en lucha. Fantasía científica*, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, pp. 11.

8 Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización*, Buenos Aires, 1862-1880, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

9 Holmberg, Eduardo L., *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac. Fantasía espiritista*, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875, pp. 146 y 147.

en lucha (1875)<sup>10</sup>. Además de mostrar las dinámicas políticas como pasionales y coyunturales, sin objetivos de largo plazo ni de programa partidario coherente y duradero, y la participación en ellas como poco interesantes, Holmberg no duda en señalar que los hombres que efectivamente ocupan cargos políticos se ocupan más bien poco de las tareas que él considera fundamentales para el desarrollo del país. Las elites sociales, por su parte, tampoco le parecían a Holmberg un elemento potencialmente regenerador: los retratos al respecto muestran a un grupo distinguido sin intenciones de liderar un cambio social, ni comprometerse con los asuntos de la nación<sup>11</sup>.

En suma, tanto las dinámicas como los actores de la política le parecían claros síntomas y pruebas de desconcierto, inmovilismo y ausencia de progreso.

### III. LA FE Y LA CIENCIA

Ante el desconcierto de estas observaciones, las representaciones más acabadas del caos social, político y cultural de la década de 1870 son las que aparece en *Viaje maravilloso del Señor Nic Nac*<sup>12</sup> (1875), *Dos partidos en lucha*<sup>13</sup> (1875), y en algunas de las contribuciones de Holmberg publicadas en una revista que fundó junto a Enrique Lynch Arribálzaga, a la que me refiero más adelante.

En estos textos se percibe que Holmberg consideró que, además de las pasiones políticas, una lucha entre los principios de la fe y los de la religión impedían el camino deseado de la pros-

peridad y el orden<sup>14</sup>. Casi decepcionado por sus diagnósticos, afirma: "la fusión de ideas no es posible. La divergencia perpetua de opiniones es una ley orgánica de este pueblo"<sup>15</sup>. Como se ha visto, son numerosas sus referencias que vinculan al pueblo con el sentimiento, la fe y las motivaciones irracionales.

Al emprender la publicación de *El naturalista argentino*, en 1878, Holmberg enfatizaba también sobre el caos social generado por la ausencia de un ordenamiento cultural que permitiera visualizar objetivos y salir del desorden. La revista que fundó intentaba suplir una ausencia, la de un espacio en el que se difundiera la ciencia en la Argentina. Así, se presenta como un servicio para un país que no ha prestado atención aún a lo que se considera uno de los pilares fundamentales para alcanzar un ordenamiento, que permitiría, a su vez, situarlo a la altura de las naciones civilizadas. Los directores de la publicación señalan al respecto: "ningún estudio moraliza tanto las sociedades como el de la Naturaleza. La lucha constante y tranquila, la observación paciente, los goces inefables de la posesión de la verdad, y otras tantas causas, producen como resultado inmediato, la conciencia individual del papel que el hombre está destinado a desempeñar en el mundo, y de aquí su elevación"<sup>16</sup>. La apología de la difusión de la ciencia como vehículo para generar un progreso individual y social, aparece como un estribillo y un tópico ante la preocupación holmberguiana frente a un clima social que entienda dominado por la fe y las pasiones políticas.

La fe es generalmente vista como un obstáculo poderoso para que las sociedades logren despegar de su estado de primitivismo y se modernicen. En este sentido, la lapidaria sentencia: "lo que la razón no explica, la fe lo acepta"<sup>17</sup>, se convirtió en una fórmula contra la cual se debía combatir para lograr que la sociedad se aparte de las sombras. Esta fue la batalla que Holmberg decidió dar.

En el primer número de *El naturalista argentino*, destacaba: "ha llegado a nuestros oídos que el simple anuncio de la aparición de este periódico ha hecho correr la voz, no queremos saber entre quienes, de que iba a revestir un carácter antirreligioso. Como lo hemos sabido por diversas personas, nos anticipa-

10 Holmberg, Eduardo L., *Dos partidos en lucha. Fantasía científica*, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, pp. 112 y 113.

11 Holmberg, Eduardo L., "El piano de Elvira" (manuscrito fechado en 1876), en Marún, Gioconda (a cura de), Eduardo L. Holmberg. Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas (1872-1915), Madrid, Vervuert, 2002, p. 319.

12 *El Señor Nic-Nac* es un viajero que pasa una temporada en el planeta Marte. Llega allí por medio de un sistema de transmutación de su alma. Se encarga de contar lo observado con detalle. Se detiene sobre todo en dos modelos sociales que se despliegan en una ciudad desdoblada: Theopolis (la ciudad de Dios) y Sophopolis (la ciudad del saber). Véase Holmberg, Eduardo L., *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac. Fantasía espiritista*, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875, p. 145.

13 *Dos partidos en lucha* transcurre en los años de la presidencia de Domingo F. Sarmiento. Cuenta cómo dos "partidos de ideas", los darwinistas y los rabianistas (su líder se presenta como un extraño personaje llamado Timoteo Rabián) se enfrentan en Buenos Aires. Mientras que los primeros defienden fanáticamente la teoría de la evolución, los segundos se encuadran en las filas del fijismo. El conflicto se resuelve durante la celebración del segundo Congreso Científico, convocado para tratar el tema. A él concurre Charles Darwin en persona, quien con una exposición oral y una demostración empírica corona el triunfo de los darwinistas locales.

14 Holmberg, Eduardo L., *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac. Fantasía espiritista*, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875, p. 145.

15 Holmberg, Eduardo L., *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac. Fantasía espiritista*, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875, p. 173

16 *El naturalista argentino*. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega I, enero de 1878, p. 1.

17 Holmberg, Eduardo L., "El piano de Elvira" (manuscrito fechado en 1876), en Marún, Gioconda (a cura de), Eduardo L. Holmberg. Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas (1872-1915), Madrid, Vervuert, 2002, p. 330

mos a preguntar; ¿es antirreligioso el estudio de la Naturaleza? Hemos dicho que moraliza [...] Si ello es así, tienen razón los que tal opinan<sup>18</sup>.

Así, la aparición de la revista es justificada en términos de beneficio de tono iluminista: “la utilidad de este género de estudios es ya un hecho en los espíritus, y si nosotros contribuimos hoy con nuestro contingente, es porque creemos cumplir un deber de patriotismo<sup>19</sup>. Si el costo de esta misión era ganarse el rótulo de materialista, Holmberg estaba dispuesto a hacerlo porque, desde su mirada, “la ciencia va más allá, porque no se preocupa de lo que pueden pensar los teólogos o los fanáticos<sup>20</sup>.”

El triunfo absoluto del saber sobre la fe, y la consecuente organización moderna que se desprende del mismo, se plantea, en términos de carácter utópico, en *Viaje maravilloso del Señor Nic Nac*. Allí se narra la existencia de una ciudad que está desdoblada en su interior. Las partes de la ciudad son Theopolis (la ciudad de Dios) y Sophopolis (la ciudad del saber). Mientras que la sociedad de Theopolis se encarga de practicar rituales y llevar una vida acompasada por el tedio y las ceremonias religiosas centradas en el templo y practicadas automáticamente, Sophopolis es una ideal ciudad letrada habitada en su totalidad por sabios, sin distinción de edad ni de sexo<sup>21</sup>. Entre los sucesivos rasgos que se describen a lo largo de la novela, se percibe que los habitantes de Theopolis conforman una sociedad absolutamente plana a nivel intelectual, pasible de ser dominada y manipulada de acuerdo al antojo de quienes comandan el templo. En cambio, en la idílica Sophopolis se desenvuelven prácticas de convivencia basadas en la horizontalidad que proveen los saberes. En este contexto, el ideal de cambio está depositado en el camino a la transformación que conduzca a la ciudad de Dios a mutar en ciudad del saber.

Con estas pinceladas, y desde varios registros y géneros, Holmberg describe la situación del país con características particulares. En primer lugar, traza una imagen sobre una sociedad que por motivos estructurales, incluso geográficos, no habría aún alcanzado un grado de organización social como el de los países civilizados. Complementariamente, se hace referencia a la ausencia de un acuerdo político que garantizara el orden de la nación y regulara la convivencia, hecho que favo-

recería la reincidente caída en luchas civiles encabezadas por facciones tan efímeras como ideológicamente incoherentes. Como telón de fondo y sostén de estas situaciones, se plantea la existencia de esas “llanuras inmensas” que no están sólo desprovistas de habitantes, sino también de los saberes y conocimientos que permitirían una toma de distancia del aletargamiento generado por un clima de pensamiento regulado por los tiempos de la fe. Descripto el contexto, cabe preguntarse cuáles podían ser, desde la perspectiva de Holmberg, los actores sociales que motorizarían los cambios anhelados.

#### IV. EL POLÍTICO Y EL SABIO

Mientras Holmberg se consolidaba como un naturalista –y renunciaba a su perfil galeno– reflexionó sobre la importancia de la ciencia para el país y las funciones sociales del científico. Estas ideas encontraron un clima propicio en el marco de círculos intelectuales en los que depositó expectativas durante la década de 1870, como la Academia Argentina de Ciencias y Letras y el Círculo Científico y Literario<sup>22</sup>. A tono con las convicciones de varios de sus contemporáneos, consideró que las academias, los círculos “y otras muchas corporaciones análogas constituyen la apoteosis de la civilización de las naciones<sup>23</sup>.” Asumió a estas instancias como fundamentales para la validación de los conocimientos entre pares<sup>24</sup> y las ensalzó como centros de discusión y promoción de saberes<sup>25</sup>.

Sus observaciones sobre la ciencia y los hombres que la practicaban quedaron esbozadas en sus ficciones de la década de 1870 y asumieron contundencia en la primera empresa editorial que dirigió, que ya mencioné, *El naturalista argentino*. Aunque la publicación emergió en un promisorio contexto de institucionalización científica<sup>26</sup>, las preocupaciones que sus

18 “Advertencia”, en *El naturalista argentino*. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega I, enero de 1878, p. 2.

19 “Advertencia”, en *El naturalista argentino*. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega I, enero de 1878, p. 1.

20 Holmberg, Eduardo L., *El tipo más original y otras páginas*, Buenos Aires, Simurg, 2001 (1878), p. 113.

21 Holmberg, Eduardo L., *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac*. Fantasía espiritista, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875, p. 74.

22 Para caracterizaciones de los contemporáneos sobre ambas asociaciones puede verse García Mérou, Martín, *Recuerdos literarios*, Eudeba, 1973, p. 244 y Quesada, Ernesto, *Reseñas y críticas*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1893, p. 93. Para un análisis sobre estas sociabilidades pueden verse los trabajos reunidos en Bruno, Paula (dir.), *Sociabilidades y vida cultural*. Buenos Aires, 1860-1930, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2014.

23 Holmberg, Eduardo L., *El tipo más original y otras páginas*, Op. cit., p. 66.

24 En este sentido puede verse la ficción *Filigranas de cera*. Allí, el personaje principal, el Doctor Tímpano, debía validar una nueva teoría acerca del cerumen exponiéndola en una velada del Círculo Médico para que fuera reconocida por el público y avalada por sus pares. Holmberg, Eduardo L., *Filigranas de cera y otros textos*, Op. cit., p. 81 y ss.

25 Quizás la explicación última de la confianza de Holmberg en las asociaciones descansa sobre el hecho de su pertenencia a la masonería. Véase al respecto “Voz Holmberg y Correa Morales, Eduardo Ladislao”, en Lappas, Alcibiades, *La Masonería Argentina a través de sus hombres*, Buenos Aires, s/e, 1966, p. 232.

26 Para un análisis de estos procesos, véase Mantegari, Cristina, Germán Burmeister. *La institucionalización científica en la Argentina*

redactores expresaron sugieren que la nueva generación de naturalistas estaba en desacuerdo con las formas en las que la ciencia se estaba institucionalizando. La publicación anunció que llegaba para suplir una ausencia: la de un espacio de difusión de la ciencia para un público que excediera al mundillo de los especialistas. Esta pretensión quedó manifestada en su organización y su tono. A diferencia de otras publicaciones contemporáneas, en *El naturalista argentino* se publicaron estudios de variadas temáticas escritos en registro ameno, didáctico y en algunos casos rozando el relato de aventuras. Esa fue su marca distintiva durante el único año de su existencia. Las preocupaciones de sus conductores fueron manifiestas: "las ciencias naturales, las ciencias de la observación, deben considerarse como el fundamento del progreso moderno"<sup>27</sup>.

Estas ideas tomaron forma más acabada en diversos artículos de Holmberg. En uno de ellos evaluó el panorama científico de la Argentina por medio de una reseña histórica del Museo Público de Buenos Aires; allí traza un breve recorrido histórico para contextualizar la historia del museo y narra a la vez dos historias: la del país y la de una de sus primeras instituciones públicas de corte científico-cultural.

En este recorrido quedan en evidencia algunas lecturas acerca de cuál ha sido el rol de los hombres políticos en la configuración del país. La decisión de fundar un museo en 1812 y establecerlo en Buenos Aires es descrita en los siguientes términos: "los hombres ilustrados que se hallaban a la cabeza de sus instituciones nacientes, comprendieron por no sé qué intuición maravillosa de libertad, que era necesario fundar un museo"<sup>28</sup>. La siguiente referencia a los hombres de la política es acerca de Rivadavia y es de tono más bien laudatorio, se señala que éste decretó que el museo funcionara efectivamente y que se creara la escuela de física, pretendiendo convertir a ambas instituciones en centros de instrucción pública. Las menciones siguientes al rol de los políticos a la hora de prestar apoyo para consolidar el museo y convertirlo en una institución organizada son indirectas hasta llegar a la actuación de Bartolomé Mitre, como gobernador de Buenos Aires, y de Domingo F. Sarmiento, en su rol de ministro, personajes a los que se reivindica por haber convocado a Germán Burmeister para conducir el museo.

De todas maneras, Holmberg señala, una y otra vez, que el apoyo que los políticos le han prestado al museo para que se

desarrollara como una verdadera institución científica fue prácticamente nulo, y puntualiza que este hecho no sólo transmite indiferencia hacia los ámbitos científicos y culturales, sino también un error de perspectiva en lo que se refiere a la importancia que una institución de esas características asume para el desarrollo del país. En este sentido, puede resaltarse la siguiente afirmación:

*"Una vez desarrollado el gusto por tales estudios [naturales], la primera preocupación -y así sucede en los países civilizados- es enriquecer con todos los elementos posibles y por una especie de amor propio nacional, el núcleo de las riquezas naturales, el Museo, en una palabra, para que en él se reconcentren todas las adquisiciones y sea posible arrancarle, como retribución, los resultados de su engrandecimiento. En tales circunstancias, los Gobiernos tomarán más empeño que el que han tomado hasta ahora, para que el Museo adquiera colecciones frescas y frecuentes, harán de ello una preocupación constante y agregarán a toda expedición militar, trigonométrica, exploradora, etc., uno o más naturalistas que recojan aquello que pueda interesar al adelanto de la Institución, y al conocimiento del país como consecuencia"*<sup>29</sup>.

Se expresa de este modo un deseo y queda esbozada una crítica apenas solapada al rol que los hombres políticos le han otorgado a una institución que Holmberg consideraba fundamental para el fomento del progreso de la nación y para la instrucción del pueblo.

El escrito apenas relevado contiene críticas a la escasa atención que los gobiernos prestaron a las instituciones científicas desde la independencia misma, pero también juzga negativamente la omnipresencia de científicos y sabios extranjeros en roles centrales. Holmberg describió, de hecho, el ambiente científico de la década aquí analizada como en de una puja entre una generación de sabios y una de hijos del país.

En este último sentido, si ya en algunas obras de ficción de Holmberg, como se verá, se pueden encontrar indicios de sus apreciaciones sobre el director del Museo Público<sup>30</sup>, Germán Burmeister, en el texto fundacional de *El naturalista argentino* no dudaba en señalar que él condesaba los aspectos condenables de la generación científica anterior:

---

del siglo XIX, Buenos Aires, UNSAM, 2003.

27 *El naturalista argentino*. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega I, enero de 1878, p. 1.

28 Holmberg, Eduardo, L. "El Museo de Buenos Aires. Su pasado-Su presente-Su provenir", en *El naturalista argentino*. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega II, febrero de 1878, p. 34.

29 Holmberg, Eduardo, L. "El Museo de Buenos Aires. Su pasado-Su presente-Su provenir", en *El naturalista argentino*. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega II, febrero de 1878, p. 40.

30 Ilustra esta cuestión el desarrollo del personaje Burbullus en Holmberg, Eduardo L., *El tipo más original y otras páginas*, Op. cit.

*"El Director tiene mucho que hacer; -las publicaciones europeas consignan cada año sus observaciones numerosas, y por lo tanto no puede ocuparse de ciertos detalles, que en realidad no corresponden a un Director del Museo; pero entretanto, el establecimiento no contiene objetos accesibles al público sino por la vista. Los "Anales del Museo" ya no se publican, y es necesario conocer las obras europeas para saber lo que hay en el Museo de Buenos Aires. Sus estantes se encuentran llenos, en más de un punto atestados. Tenemos un gran museo, pero no lo aprovechamos, porque no hemos sabido organizarlo para la instrucción pública, como fue la mente de Rivadavia, ese grande hombre que dictó los aforismos del porvenir Argentino [...] El Museo de Buenos Aires está, pues, mal dotado y peor organizado"*<sup>31</sup>.

Así, Holmberg realizaba una denuncia, al destacar que los científicos extranjeros a cargo de instituciones centrales apostaban a consolidar un perfil con aceptación europea en detrimento de la institucionalización de la ciencia en Argentina. Desde su perspectiva, el Museo Público de Buenos Aires había sido escenario de algunos adelantos, pero se encontraba aún desorganizado. Los costos se sentían en dos frentes: no podía brindarle a los investigadores lo que necesitaban y tampoco el público general encontraba allí propuestas atractivas. Desorganización de los materiales, escasez de personal, carencia de presupuesto para organizar expediciones y formar colecciones eran males endilgados a una dirección personalista y despreocupada por la suerte de la ciencia en Argentina.

Por otra parte, la presencia de personajes como Burmeister era parangonable con la de un fantasma inhibitorio para el despliegue científico. Según los propios testimonios de Holmberg, cuando él era joven, percibía al sabio prusiano como una "figura imponente" que había sido pionero en todos los territorios de la exploración. En esta dirección apuntó que cuando le comentaba a sus mayores que pretendía dedicarse al conocimiento de la naturaleza le señalaban: "¿Qué harás en este país? ¿Qué hay aquí que no haya estudiado Burmeister?"<sup>32</sup>.

Las ansias de figuración de los naturalistas extranjeros se trajeron, a los ojos de Holmberg, en una preferencia: "los coleccionistas venidos de lejos prefieren por lo común dedicar su actividad a seres de más bulto y que, sin tener mayor impor-

tancia, son de más lucimiento"<sup>33</sup>. También en este punto Burmeister y sus investigaciones sobre los caballos fósiles<sup>34</sup> eran parámetros de lo condenable. En el marco de esta declaración, su especialización en la entomología no parece casual; emerge como un gesto de diferenciación de los científicos foráneos.

Los mismos sabios extranjeros que generaban fascinación en los elencos políticos dispuestos a financiar sus exploraciones y sus obras sin evaluar de manera consciente los beneficios de la misma para el país fueron considerados por Holmberg una pieza ociosa en el marco de un espacio científico que necesitaba convertirse en un foco promotor de conocimiento e instrucción.

A partir de estos diagnósticos, Holmberg manifestó un anhelo<sup>35</sup>. Sostuvo que el compromiso de los hombres de ciencia debía traducirse en la difusión de sus investigaciones al tiempo que los gobiernos debían garantizar el sostenimiento de empresas científicas que generaran conocimientos útiles. El apoyo oficial resultaba fundamental para apuntalar el desarrollo de las instituciones científicas:

*"una vez desarrollado el gusto por tales estudios [naturales], la primera preocupación -y así sucede en los países civilizados- es enriquecer con todos los elementos posibles y por una especie de amor propio nacional, el núcleo de las riquezas naturales (...) En tales circunstancias, los Gobiernos tomarán más empeño que el que han tomado hasta ahora, (...) harán de ello una preocupación constante y agregarán a toda expedición militar, trigonométrica, exploradora, etc., uno o más naturalistas que recojan aquello que pueda interesar al conocimiento del país"*<sup>36</sup>.

Estas inquietudes de Holmberg lo acompañaron a lo largo de su extendida trayectoria en la vida científica argentina. Sus preguntas recurrentes fueron: qué tipo de científico se adaptaba mejor a las necesidades del país; cuál era el mejor uso social de ciencia; cómo se persuadía a los hombres políticos del necesario fomento de la ciencia.

31 Holmberg, Eduardo, L., "El Museo de Buenos Aires. Su pasado-Su presente-Su provenir", en *El naturalista argentino. Revista de Historia Natural*, Tomo I, entrega II, febrero de 1878, p. 39.

32 Holmberg, Eduardo L., "Viajes a las Sierras de Tandil y a La Tinta. Primera Parte", art. cit., p. 6.

33 Ibid., p. 20.

34 Burmeister, Germán, *Los caballos fósiles de la Pampa Argentina*. Obra ejecutada por orden del Superior Gobierno de la Provincia de Buenos Aires para ser presentada en la Exposición de Filadelfia, 1876.

35 Véase Holmberg, Eduardo, L. "El Museo de Buenos Aires. Su pasado-Su presente-Su provenir", art. cit., pp. 42 y 43.

36 Ibid., p. 40.

## V. EL PLANETA DE LOS SABIOS

¿Quiénes eran los sabios en las definiciones de Holmberg? En diferentes textos se preocupó por dar cuenta de perfiles de estos personajes, que consideraba impulsores de las principales transformaciones del país. Una caracterización de estos actores puede desprenderse de este pasaje:

*“Ciencia es todo conjunto de verdades lógicamente encadenadas y agrupadas en torno a un núcleo, que constituye su fin, y el que posee a fondo una ciencia es llamado sabio. La palabra sabio no tiene un valor absoluto, matemático; primero porque no es más que una palabra, y, segundo, porque cada uno de la amplitud que quiere, porque cada uno es dueño de su voluntad, pero no de la ajena”<sup>37</sup>.*

Holmberg no se detiene en esta descripción general y suma a estas habilidades otro tipo de necesidad: “el especialista que escribe, debe tener sus visos de literato, no para echar flores de retórica en todas sus líneas, sino para expresarse con corrección”<sup>38</sup>.

Siguiendo estas ideas, que conducen a trazar un modelo, puede verse que en sus obras distintas figuras de sabio. En intento de tipología, destaco que en sus percepciones se reconocen los siguientes perfiles: a. “verdaderos sabios”; b. “vanidosos de la ciencia”; c. el “ignorandum pretenciosum”.

a. Los “verdaderos sabios” reúnen un saber científico con una veta literaria, articulan conocimientos con divulgación y compatibilizan un perfil teórico con otro práctico. Tres son los referentes internacionales mencionados recurrentemente por Holmberg en que pueden encasillarse en esta definición: Charles Darwin, Jules Verne y Johann Wolfgang von Goethe. El autor remarca que Darwin “es un fantástico y un visionario”<sup>39</sup>, y que es ese el hecho que le permitió dar forma a una teoría como la de la evolución. Por su parte, Verne es quien “con una imaginación poderosa ha revestido los arcanos de la ciencia con un manto vaporoso lleno de atractivos”<sup>40</sup>. Hecho que habría consagrado al escritor a convertirse en una figura popular: “el pueblo, curioso por naturaleza, pero cuya curiosidad ha sido mal encaminada, necesita la forma animadísima de un Julio

Verne, para poder escalar paso a paso las maravillas que la Naturaleza despliega en todas sus creaciones”<sup>41</sup>.

En el mismo sentido, Holmberg se refiere positivamente a la figura de Goethe señalando que en ella se condensaron, casi armónicamente, los atributos del sabio y del poeta y remarcando las ventajas de esta combinación señala: “si Goethe no fuera el primer poeta del siglo, su figura científica se destacaría en el Parnaso moderno como una de las más brillantes, no sólo por la naturaleza de las investigaciones a las que se dedicó, sino también porque su nombre está ligado a una cuestión de ciencia que pone sello al siglo en que vivimos. Pero –y lamento no recordar ahora quién lo dijo– ‘el poeta eclipsó al sabio’. Pero ese eclipse no era total –lo fue solamente para las exterioridades de la gloria”<sup>42</sup>.

De este modo, sabio y artista, científico y literato, son las fórmulas que permitirían alcanzar un perfil de éxito para realizar trabajos científicos y difundirlos con maestría y eficacia. Sin embargo, el justo equilibrio entre científico y literato, según se lee en esta cita, puede perder validez y trascendencia si uno de los perfiles bloquea u obstaculiza el desarrollo del otro.

En Dos partidos en lucha, la figura de ficción que está en sintonía con el sabio ideal es Pascasio Grifritz, dado que “aunque es un gran sabio, es también un gran artista y un gran poeta, ese artista de las imágenes del alma expresadas en la música de la inteligencia”<sup>43</sup>. Para rematar su caracterización, Holmberg presenta a Grifritz, el representante único e indiscutido del darwinismo en el combate entre darwinistas y rabianistas (defensores del fijismo), como un hombre que todo lo sabe y que puede operar ante la sociedad, la política y la cultura con

37 Holmberg, Eduardo L., Carlos Roberto Darwin, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico de El Nacional, 1882, p. 107.

38 Holmberg, Eduardo L., Carlos Roberto Darwin, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico de El Nacional, 1882, 74.

39 Holmberg, Eduardo L., Dos partidos en lucha. Fantasía científica, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, p. 10.

40 Holmberg, Eduardo L., Dos partidos en lucha. Fantasía científica, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, p. 70.

41 Holmberg, Eduardo L. “El Museo de Buenos Aires. Su pasado-Su presente-Su provenir”, en El naturalista argentino. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega II, febrero de 1878, p. 43.

42 Holmberg, Eduardo, “La noche clásica de Walpurgis”, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo XXII, segundo semestre de 1886, reeditado en Holmberg, Eduardo L. Filigranas de cera y otros textos, Buenos Aires, Simurg, 2000, p. 182.

43 Holmberg, Eduardo L., Dos partidos en lucha. Fantasía científica, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, p. 20. En la obra Dos partidos en lucha aparecen varias caracterizaciones de tipos diferentes de sabios. Entre ellos se encuentran figuras internacionales, Darwin y Owen, y nacionales. Entre las últimas, aparecen con nombres reales: Germán Burmeister y Francisco P. Moreno y con nombres ficcionales: Pascasio Grifritz, Francisco P. Paleolitez, Ladislao Kaillitz, Juan Estaca y el misterioso Timoteo Rabián. Marcelo Montserrat ha propuesto las siguientes correspondencias entre nombres ficcionales y personajes reales: Pascasio Grifritz sería el propio Holmberg; Francisco P. Paleolitez respondería al perfil de Florentino Ameghino; Ladislao Kaillitz actuaría como un desdoblamiento de Holmberg; Juan Estaca, caracterizado por su torpeza, sería Juan Ramorino. Cfr. Montserrat, Marcelo: “Holmberg y el darwinismo en Argentina”, en Criterio, año XLVII, 24 de octubre de 1974, N° 1702, p. 593.

maestría, manejando todas las situaciones con seguridad y entereza.

Otra de las figuras bastante cercana al “verdadero sabio” es la de Toribio Craks, personaje de “Olga”. A lo largo del relato se puede ir reconstruyendo una suerte de imaginario currículum vitae del personaje y de sus acciones. Entre los hitos de su formación y su carrera se destaca la obtención de una educación brillante en las principales universidades de Europa y el establecimiento de contactos con numerosos minerólogos alemanes y de otros países. El personaje, además, se destaca por ser solidario con sus descubrimientos y por socializar sus experimentos con sus pares y discípulos. La única falla en el perfil que Holmberg traza de Tobías Craks es que no publica sus investigaciones en revistas científicas, hecho que considera un desperdicio de su talento y una falla en lo que se refiere a la tarea de la difusión. Al respecto señala: “el hombre de ciencia que publica sus investigaciones es movido por numerosos resortes [...] el móvil más poderoso es el anhelo supremo de conocer la verdad [...] cuanto mayor sea el número de inteligencias dedicadas a investigar una misma cuestión, mayor evidencia podremos tener de habernos aproximado a la verdad, si la opinión última es uniforme”<sup>44</sup>. Por estos loables motivos, Holmberg señala como un error que Craks no publique los resultados obtenidos.

b. En lo que respecta al segundo perfil mencionado, las filas de lo que Holmberg denomina “la vanidad de la aristocracia intelectual”<sup>45</sup>, se encuentran allí sabios que están absolutamente aislados de la sociedad y desvinculados de los intereses y las preocupaciones que ésta tiene. Producen conocimiento sólo para sus pares y no tienen en cuenta la importancia de su rol social, en lo que se refiere a la necesidad de que se conviertan en difusores de la ciencia. Este tipo está claramente representado en la ficción El tipo más original en la figura de Burbullus y en los textos no literarios el perfil está concentrado en la semblanza de Burmeister.

El personaje principal de El tipo más original, Burbullus, es un tipo de científico contemporáneo a otros que Holmberg describe. El perfil que Holmberg traza de Burbullus en su ficción se corresponde, en lo que concierne a su formación técnica con las características ideales del verdadero sabio, sólo que todas esas características aparecen ridiculizadas y caricaturizadas hasta convertirse en la antítesis de lo que deberían encarnar.

44 Holmberg, Eduardo L., “Olga” (La Nación, 1 de septiembre de 1878), en Marín, Gioconda (a cura de), Eduardo L. Holmberg. Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas (1872-1915), Madrid, Vervuert, 2002, p. 81.

45 Holmberg, Eduardo L., El tipo más original y otras páginas, Buenos Aires, Simurg, 2001 (1878), p. 65.

Así, por ejemplo, Burbullus es un conocedor de idiomas y utiliza una lengua diferente para expresarse cada día, pero esta práctica lo lleva a estar absolutamente desarticulado del contexto en el que está inserto y le permite sólo comunicarse con su ayudante y con sus pares que estén dispuestos a someterse a su capricho.

Por otra parte, el personaje está preparando una obra científica de envergadura, pero considera que dicha obra no debe difundirse, la voz del mismo sostiene: “cuando yo publique mi Fauna Rusa, haré una edición de 100 ejemplares solamente, para no difundir las luces. Para los ignorantes es un egoísmo desenfrenado, y para nosotros los sabios es un placer que nos proporciona nuestra vida. Los ejemplares se reparten entre los gobiernos extranjeros y las Academias más culminantes”<sup>46</sup>. La difusión aparece aquí como una tarea desprestigiante. Esto se explica, dentro de la lógica del mismo personaje de ficción, porque los sabios no necesitan de la aprobación de los otros, en este sentido se puede leer una sentencia de Burbullus: “-Y a mí, ¿qué me importa lo que Ud. dice? ¿No es Ud. un ignorante? ¿Acaso nosotros los sabios necesitamos felicitaciones de los que nada saben? ¿Qué peso puede tener su opinión en mis convicciones sobre lo perfecto de mi trabajo?”<sup>47</sup>.

Germán Burmesiter es el personaje real que Holmberg elige para tipologizar a este sabio aislado y sin contacto con la sociedad en la que está inserto. Un sabio que produce ciencia para los sabios europeos y que no se preocupa por dar a su labor una función social<sup>48</sup>. El perfil de Burmeister que Holmberg traza aparece tanto en las ficciones Dos partidos en lucha y El tipo más original como en varios de sus textos monográficos y conferencias, entre los que se destaca el apéndice de Carlos Roberto Darwin y la polémica nota sobre el Museo Público de Buenos Aires ya mencionada. En Dos partidos en lucha se refiere a Burmesiter en los siguientes términos:

*“un sabio, demasiado sabio quizá [...] La fama de aquel sabio era universal, no solo por sus relaciones particulares, -las que hablando en general son las que más contribuyen a hacer resonar en aire las notas de la trompeta de la diosa codiciada-, sino también porque sus obras sido leídas por todos aquellos que anhelaban conocer los orígenes del planeta que habi-*

46 Holmberg, Eduardo L., El tipo más original y otras páginas (1878), Buenos Aires, Simurg, 2001, p. 47.

47 Holmberg, Eduardo L., El tipo más original y otras páginas (1878), Buenos Aires, Simurg, 2001, p. 60.

48 Para un análisis de la figura de Germán Burmeister y de su actuación en el ámbito científico argentino, véase Mantegari, Cristina, Germán Burmeister. La institucionalización científica en la Argentina del siglo xix, Buenos Aires, Jorge Baudino Ediciones-UNSAM, 2003.

*tamos y todas las cuestiones de ciencia natural que con este se relacionan [...] El amigo y rival de Humboldt, el discípulo de Nitkisch, el émulo de Owen*<sup>49</sup>.

Pero, estas palabras pueden leerse en términos irónicos cuando se avanza en la lectura de la obra. Por ejemplo, Holmberg señala que había sido raro que "Darwin se haya dejado celebrar viviendo Burmeister"<sup>50</sup>. Holmberg criticaba, como se señaló ya la actuación de Burmeister frente al Museo Público de Buenos, pero también el hecho de que se ocupara solamente de su carrera, al producir conocimiento para sus pares y al mostrarse reticente para difundir la ciencia. Estos hechos quedaban constatados en la recurrencia a publicar en otros idiomas, en el desprecio a participar en la esfera de la docencia o formar discípulos, y en la escasez de manuales de historia natural para la instrucción producida por el prusiano y científicos extranjeros. El perfil más acabado propuesto por Holmberg es el siguiente:

"Burmeister sólo sabe reconcentrarse, sacar el mayor provecho de los que saben menos que él, inspirarles el horror a la ciencia, ya que su ejemplo es tan adusto; -ordenó y enriqueció un museo, tuvo la idea de fundar una academia artificial, que no le adoró como esperaba y que una nota del Gobierno Nacional puede disolver- es monopolizador [...] publicó dos tomos de Anales del Museo, que podría haber escrito en cualquier otro idioma que no fuera el castellano, y cuando debió escribir en castellano (Descripción física de la República Argentina) puesto que la obra era para los argentinos y no para los europeos, por más que así parezca, escribió en francés [...] enriqueció su propio país, y en general las revistas europeas con los materiales de toda especie que el país de su residencia le brindaba bajo todas las formas. Inventó el Boletín de la Academia Nacional de ciencias para ilustrar a gentes que no tenían suficiente preparación, por lo cual pedía disculpas a los sabios si entraba en detalles elementales, y para mayor ilustración escribía en francés, cuando el idioma oficial de la Academia era el castellano, idioma admitido hoy entre los naturalistas"<sup>51</sup>.

Dos son los peligros potenciales de la existencia de sabios como el real Burmeister y el imaginario Burbullus. El primero consiste en la privación a la sociedad de los frutos de la ciencia y de las investigaciones científicas. En este sentido, señala: "esos hombres de la ciencia que se mantienen completamente aislados del mundo que los rodea sin alcanzarlos, no son segu-

ramente los que derraman el calor y la luz de la verdad en las masas populares"<sup>52</sup>.

El segundo peligro es el de los sabios vanidosos que devienen alienados. Así, cuando el imaginario sabio argentino Ladislao Kaillitz visita a Burbullus y se pregunta los motivos que "determinaban a Burbullus a hablar un idioma distinto cada día, y siempre, o casi siempre [...] Llegaba al resultado final y juicio de que el profesor está loco"<sup>53</sup>. La locura, entendida como alineación, funciona como un riesgo en más de un sentido: el sabio que se aísla totalmente de la realidad queda encapsulado en obsesiones que no le permiten avanzar en sus investigaciones, este es el caso de Burbullus, más ocupado por no confundirse en la secuencia que le permitiera hablar todos los días un idioma diferente sin repetir la serie que por escribir y publicar su obra.

Otra imagen muy clara en lo referente a los sabios que pierden el sentido de la realidad es la que Holmberg presenta en una anécdota que cuenta que un francés, un alemán y un inglés fueron interpelados para dar sus opiniones sobre el camello. El francés resolvió el desafío concurriendo al Jardín de las Plantas por una hora, observó al animal y lo investigó rápidamente, con sus observaciones escribió un folletín; en él no había nada reprochable, pero tampoco nada nuevo. El inglés se trasladó a Oriente para observar la vida de los camellos, estuvo allí dos años y escribió un grueso volumen con los resultados de sus investigaciones, pese a que esos materiales estaba muy mal ordenados, podían tener un valor para las posteriores generaciones de investigadores; "el alemán, despreciando la frivolidad del francés y la desordenada acumulación del inglés, se encerró en su gabinete, para elaborar la idea de camello, desprendiéndola de las profundidades de su conciencia moral. Aún se ocupa de ello"<sup>54</sup>. Se desarrolla así la idea de que un sabio que se encierra en su gabinete y pierde el contacto con su entorno corre el riesgo de repetir el error del sabio alemán aquí referenciado.

Los riesgos del aislamiento pueden darse, según puede percibirse, también en situaciones ideales, como la de Sophopolis de Viaje maravilloso del Señor Nic Nac. Las dinámicas de Sophopolis están pautadas por las investigaciones de diferente tipo y la divulgación de los conocimientos obtenidos de esas investigaciones. Todos allí son sabios y piensan en el bienestar

49 Holmberg, Eduardo L., *Dos partidos en lucha. Fantasía científica*, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, p. 7 y 8.

50 Holmberg, Eduardo L., *Dos partidos en lucha. Fantasía científica*, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, 9.

51 Holmberg, Eduardo L., *Carlos Roberto Darwin*, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico de El Nacional, 1882, p. 92 y 93.

52 Holmberg, Eduardo L., "El Museo de Buenos Aires. Su pasado-Su presente-Su provenir", en *El naturalista argentino. Revista de Historia Natural*, Tomo I, entrega II, febrero de 1878, p. 43.

53 Holmberg, Eduardo L.: *El tipo más original y otras páginas* (1878), Buenos Aires, Simurg, 2001, p. 107.

54 Holmberg, Eduardo L., *Carlos Roberto Darwin*, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico de El Nacional, 1882, p. 121.

de la comunidad; sin embargo, pueden darse situaciones como la siguiente. En Marte, en un paseo que realizan los visitantes acompañados de un personaje local que sirve de guía, se mantiene este diálogo ante la escucha de gritos y discusiones:

-“¿Qué es eso?” Preguntamos atónitos al cicerone”.

-“Nada”, contesto sonriendo. “Son dos sabios cuyas casas están la una frente a la otra. Uno de ellos es astrónomo y su telescopio sobresale por uno de los balcones á la calle; el otro es un naturalista, un zoólogo que se ha dedicado con especialidad, últimamente, al estudio de los anfibios y á cada momento arroja grandes cantidades de agua á la calle... ¿no oís?”

-“Eh! No sea Ud. impertinente y caprichoso”, decía el astrónomo.

-“Y Ud. no me moleste con su telescopio que á cada momento parece pronto á precipitarse sobre mis colecciones”, contestaba el zoólogo.

Al empañarse el telescopio del astrónomo, éste había “perdido” dos de los elementos del Asteroide 148, el diálogo continúa:

-“A mí no me importan los elementos de esas piedras perdidas que para nada sirven”, continuaba el zoólogo.

-“Ignorante! –Ni a mí los bichos que Ud. estudia”

-“Pobres sabios!” Exclama en un arrebato de compasión” en todas partes son lo mismo; siempre mal humorados, y con no poca frecuencia impertinente!”<sup>55</sup>.

Así, incluso en una tierra de verdaderos sabios éstos podrían perder de vista la importancia de sus tareas y alienarse en sus propios intereses e investigaciones. Una vez más, la divulgación del saber y la articulación de los científicos con la sociedad garantizaría el éxito del rol de los sabios.

c. Un tercer tipo de sabio caracterizado por Holmberg es el que posee un perfil basado en un especialismo inútil y cosificado. Este perfil puede verse, por ejemplo, en el personaje de la novela *Dos partidos en lucha* llamado Juan Estaca. Holmberg lo describe como un ejemplar destacado de *Ignorandum*

pretenciosum<sup>56</sup> y señala “Juan Estaca no sabe una palabra de Botánica –nó-no es cierto-sabe de memoria unos trescientos veintitrés nombres de especies [...] según algunos malintencionados del partido Darwinista, es tan estaca como su nombre. El nombramiento [como representante de los rabianistas] no puede recaer en una persona que presente mayor suma de ineptitudes para facilitar á los contrarios una completa victoria”<sup>57</sup>. Pese a sus marcadas limitaciones, Juan Estaca es elegido por sus pares como portavoz dado que lo proclaman “el primero botánico argentino”. Holmberg pone así en evidencia que algunos sabios no son tan sabios sino más bien hombres que acumulan conocimientos técnicos (323 nombres en latín de especies botánicas) y no saben qué hacer con los mismos.

En general, los sabios que Holmberg considera como del segundo y el tercer tipo, el sabio que se considera parte de una aristocracia intelectual y que piensa a la ciencia y su difusión en términos de casta y el *ignorandum pretenciosum*, están ligados, en las ficciones y en los textos que refieren a experiencia reales de la Argentina, a cargos institucionales; los caracteriza en varias ocasiones como “sabios públicos” al servicio del Estado<sup>58</sup>. Estos personajes se defienden en las ficciones holmbergianas haciendo gala de no poseer características de un perfil cercano al del sabio ideal de Holmberg, porque éste los alejaría de sus verdaderas funciones. En la ficción *Dos partidos en lucha*, uno de ellos, Pascasio Paleolitez, afirma, en uno de sus parlamentos en un congreso científico: “los sabios profundos, los que no somos poetas, admitimos y sostenemos el Rabianismo”<sup>59</sup>.

En el marco de la Argentina real, el sabio público por excelencia es el ya mencionado Germán Burmeister. Ese sabio que los hombres políticos cooptaron para modernizar una institución y lograr dar prestigio a la misma frente a las naciones civilizadas, pero que, desde la perspectiva de Holmberg, no lograron cumplir con el objetivo principal para el que fueron requeridos. De este modo, la sentencia de Holmberg sobre la que considera la principal institución del saber científico, comandada por Burmeister, es, como ya señalé lapidaria.

Luego de la presentación de esta tipología de perfiles de sabios y sus funciones, puede sostenerse que el rasgo que le interesa

55 Holmberg, Eduardo L., *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac*. Fantasía espiritista, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875, p. 81 y 82.

56 Holmberg, Eduardo L., *Dos partidos en lucha*. Fantasía científica, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, p. 19.

57 Holmberg, Eduardo L., *Dos partidos en lucha*. Fantasía científica, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, p. 20.

58 Holmberg, Eduardo L., *Dos partidos en lucha*. Fantasía científica, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, p. 41.

59 Holmberg, Eduardo L., *Dos partidos en lucha*. Fantasía científica, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, p. 55.

particularmente a Holmberg a la hora de pensar el rol de los mismos en la sociedad, descontando su preparación en tanto especialistas, es el de su función social. De hecho, a la hora de pensar cuáles son los personajes que mayores servicios prestan a la formación de la sociedad, ya específicamente argentina, el autor reivindica a personajes como Pedro Scalabrini, a quien conoció en Entre Ríos, que sin tener una preparación refinada en lo que concierne a la formación científica lograba poner la ciencia al servicio de la sociedad. Holmberg señala sobre la trayectoria de este personaje:

*"Así comenzó a reunir los fósiles terciarios de la comarca; así se inició su colección paleontológica, una de las más ricas que hoy existe en la República Argentina. No fueron aquellos acumulados, diagnosticados, restaurados, definidos, etiquetados, encajonados y publicados, para que algún día pudieran servir para la enseñanza, no! Primero fueron manifestados y explicados, y cuando la enseñanza quedó terminada, entonces se conservaron. Esto revela que Scalabrini no es un 'hombre de ciencia' como lo quiere cierta superstición de nuestro país, que toma no sé a qué arquetipo de los sabios, pero es un hombre muy útil"<sup>60</sup>.*

## VI. LA ARGENTINA CIENTÍFICA

Para Holmberg era una necesidad que los sabios funcionen como articuladores de ciertos saberes específicos y los proyecten hacia la sociedad. Desde su perspectiva, la difusión de la ciencia era, como ya destacó, una herramienta de progreso. Entre los pilares fundamentales para concretar la difusión de la ciencia debían tener centralidad indiscutida todas las asociaciones y las instituciones vinculadas con el saber, como los museos, las academias, los jardines zoológicos y botánicos y los establecimientos de instrucción pública. En 1878 señalaba sobre este tema:

*"la ciencia es una cosa, y su difusión es otra; lo que hoy se sabe, es bastante para desparramarla; lo que hoy se ignora no será difundido sino mucho tiempo después de averiguado. Y por más que se haga, por más que se trabaje, por más que las sociedades de estudiosos se multipliquen, ellas no serán suficientes en nuestro país, dado el carácter actual, para difundir como se debe y como se puede el gusto por el estudio de las Ciencias Naturales, porque la iniciativa individual, por más enérgica que ella sea, no puede luchar con la protección oficial"<sup>61</sup>.*

60 Holmberg, Eduardo L., Viaje a Misiones, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos, 1887, p. 25.

61 Holmberg, Eduardo L., "El Museo de Buenos Aires. Su pasado-Su

Dentro de las apreciaciones de Holmberg, era una necesidad que algunas de las instituciones que debían operar como focos de irradiación de los conocimientos científicos contaran con el apoyo oficial y una buena dirección. En este sentido, asumían una centralidad preferencial los museos y espacios como los jardines botánicos y zoológicos. En el ya citado artículo acerca del Museo Público de Buenos Aires destacaba que había escrito su artículo para combatir: "la general indiferencia que entre nosotros reina respecto de tan útil e indispensable institución en todo país que pretende elevarse en rango de progreso, por su carácter intelectual, por sus instituciones -que de él emanan, así como su anhelo constante"<sup>62</sup>.

Desde la perspectiva de Holmberg, el Museo Público de Buenos Aires se encontraba desorganizado y no contaba con los materiales necesarios para brindarle al público exposiciones atractivas e instructivas:

*"las innovaciones introducidas por Burmeister, que ha hecho del establecimiento el primer Museo de Sud América, no son completas aún, quedando mucho por hacerse, y si él ha recordado en su reseña que los minerales estaban mezclados con las conchillas y los mamíferos con los trofeos, no hace muchos meses, en verdad, que la corbata ensangrentada del benemérito General Lavalle, hacía juego con un fanon de ballena, hallándose colocada cerca de una gran cornamenta de buey y frente a un mamarracho fantástico que los Chinos se ponen sobre la cabeza a guisa de sombrero"<sup>63</sup>.*

A la desorganización y la falta de materiales se sumaba la escasez de personal, la falta de presupuesto para organizar expediciones y formar colecciones y la ausencia de una dirección que concentrara su atención en convertir al museo en un lugar de instrucción.

Muy diferentes son las observaciones de Holmberg sobre el Museo Provincial de Entre Ríos. En ese establecimiento encuentra los atributos que una institución con esas características debe, desde su perspectiva, reunir. Al respecto, describe al museo señalando que "constituye un timbre de honor para el Gobierno de esa Provincia" y elogia al gobernador Eduardo

presente-Su provenir", en El naturalista argentino. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega II, febrero de 1878, pp. 42 y 43.

62 Holmberg, Eduardo L., "El Museo de Buenos Aires. Su pasado-Su presente-Su provenir", en El naturalista argentino. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega II, febrero de 1878, p. 33.

63 Holmberg, Eduardo L., "El Museo de Buenos Aires. Su pasado-Su presente-Su provenir", en El naturalista argentino. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega II, febrero de 1878, p. 36.

Racedo porque “percibió con claridad la importancia de este género de investigaciones [científicas] con relación al desenvolvimiento de las ideas liberales, al progreso de la educación y, por lo mismo, al progreso mismo del país”<sup>64</sup>.

La fórmula que Holmberg encuentra para que los museos sean verdaderas instituciones científicas con utilidad para la sociedad parece descansar sobre la articulación entre la voluntad de hombres de ciencia que puedan prestar un servicio con sus investigaciones y la gestión de estos establecimientos y el apoyo dado por los hombres de la política. El resultado de esa articulación es entendido en términos de ciencia y educación para el progreso.

Complementariamente, en lo que se refiere a las “sociedades de estudiosos”, las academias, los círculos y afines, Holmberg sostiene que éstas reunían diversos atributos y que podían brindar numerosos beneficios, hasta llegar a considerar en algún punto que las asociaciones científicas “y otras muchas corporaciones análogas constituyen la apoteosis de la civilización de las naciones”<sup>65</sup>. Los círculos y las academias son pensados como espacios fundamentales que cumplen con varias finalidades. Entre ellas, puede destacarse, en primer lugar, que estos espacios debían funcionar como centros para la validación del saber entre pares.

Así, por ejemplo, en un texto de 1884, Filigranas de cera, queda claro que el personaje principal, el protagonista, el Doctor Tímpano, debía validar su nueva teoría acerca del cerumen exponiéndola en una velada del Círculo Médico para que fuera reconocida por el público y validada por sus pares. En un pasaje del relato se lee la voz del personaje señalando: “y tal es mi convicción que hoy mismo voy a solicitar que la comisión directiva del Círculo Médico Argentino invite a los miembros a una conferencia”<sup>66</sup>. Acto seguido, el Círculo Médico organiza una velada para que el Doctor Tímpano exponga su teoría y, luego de que la exposición se realiza, el presidente de la mencionada asociación le deja en claro al expositor que su teoría deberá ser comprobada:

*“si dudo, nadie mejor que usted puede comprenderlo, por lo mismo que su teoría es absolutamente improbable; pero le puedo asegurar que desde mañana todos los trozos de cerumen que caigan en manos de*

*los especialistas de la corporación serán sometidos a un prolijo examen, si ellos no tienen inconveniente en hacerlo.*

*-Es precisamente- repuso el doctor- lo que más me complacer. Sus palabras son dictadas por el más puro espíritu científico y declaro a usted con toda la efusión de mis sentimientos, que habría sufrido en extremo si los miembros de esta corporación, de la cual soy socio fundador, hubiesen aceptado estupefactos mis palabras, sin someterlas al crisol ardiente del comprobante”<sup>67</sup>.*

De este modo, queda de manifiesto que la presentación de los saberes novedosos y la validación del conocimiento es una de las funciones principales para las cuales las academias y los círculos deben existir. Pero éstos no son considerados sólo como instituciones eficaces para validar los nuevos saberes, sino también como espacios necesarios para detectar falsos resultados o investigaciones inservibles.

En el contexto de la Argentina, para Holmberg, las academias debían aún transitar un largo camino para convertirse en asociaciones de saber realmente organizadas y lograr así ocupar un rol fundamental para la sociedad. En varios relatos del autor se sostiene que en el país estas corporaciones del saber son aún asociaciones nuevas que cuentan con perfiles muy poco definidos y con atribuciones más bien desdibujadas. Así, por ejemplo, cuando narra una de las sesiones de la Academia Argentina de Ciencias, Letras y Artes, de la que como se señaló formó parte activa, remarca que, por un lado, la existencia de esta academia era desconocida por los habitantes de Buenos Aires, que observaban asombrados la preparación de la sesión y las dinámicas montadas en torno a ella. Por este motivo, la población se mostraba intrigada antes la afluencia de hombres jóvenes a una vivienda: “todos entran con mamotreto bajo el brazo, y muchos llevan hasta cajas [...] En aquella casa, menester es decirlo alguna vez, celebraba sus sesiones la Academia de Ciencias, Letras y Artes. Aquellos carruajes eran los que habían conducido a algunos académicos, y los jóvenes con mamotreto eran ni más ni menos que los académicos mismos. De manera que allí no había ni baile, ni boda, ni bautismo, y sólo, sí, sesión en la Academia”<sup>68</sup>.

Pero no solamente la imagen proyectada hacia el exterior de la academia mostraba la falta de conocimiento de la población

64 Holmberg, Eduardo L., Viaje a Misiones, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos, 1887, p. 26.

65 Holmberg, Eduardo L.: El tipo más original y otras páginas (1878), Buenos Aires, Simurg, 2001, p. 66.

66 Holmberg, Eduardo L. Filigranas de cera y otros textos (1884), Buenos Aires, Simurg, 2000, p. 81.

67 Holmberg, Eduardo L. Filigranas de cera y otros textos (1884), Buenos Aires, Simurg, 2000, p. 92.

68 Holmberg, Eduardo L.: El tipo más original y otras páginas (1878), Buenos Aires, Simurg, 2001, p. 17 y 18.

sobre la misma y sus actividades, el propio comportamiento de los académicos, narrado ficcionalmente por Holmberg, deja también en evidencia que allí no estaban claras las funciones ni las normas de comportamiento de los concurrentes. Narra la siguiente anécdota: uno de los académicos se explayaba hablando de España como de una: "desgraciada península ibérica, que después de derramar tanta sangre y tantas palabras en aras de la libertad y de la República ha vuelto a ver levantarse sobre las ruinas de sus aspiraciones el trono que derrumbaron. ¡Convenceos, fragmentos de la Europa carcomida por los años, Nemrod cazará siempre en vuestras campiñas!"; acto seguido Holmberg escribe sobre las reacciones ante este comentario: "¡Viva la República!" exclamaron los miembros de la Academia, movidos por un resorte misterioso. Aquello era muy poco académico, pero era muy original -no, muy republicano. Así son nuestras Academias"<sup>69</sup>. Queda así señalada la novedad que las academias significaban para la sociedad porteña, y para la Argentina toda, y la inexistencia de pautas y normas fijas de funcionamiento de las instituciones para los propios participantes.

Es en el Viaje maravilloso del Señor Nic Nac donde aparece una situación ideal del rol que debe ocupar una academia en la sociedad. Como ya se ha mencionado, en este texto, el personaje principal se encuentra con una ciudad que está desdoblada en dos: Theopolis y Sophopolis. Mientras que en Teopholis hay un templo que funciona como centro de organización social: "la gran sabiduría de los nobles seres que habitan en Sophopolis, les ha señalado un templo más digno, un recinto más sagrado, donde se verifican ceremonias de tan augusto carácter: la Academia"<sup>70</sup>. El edificio de la Academia que reúne a los sabios de la ficción cuenta con características de relevancia que permite conocer la centralidad que tiene en el contexto de la sociedad: "El amable guía y yo penetramos en un vastísimo salón, espléndidamente iluminado por las aureolas de los sabios como Sopholitas, y por el magnífico resplandor de su ciencia. Allí la ciencia irradia luz"<sup>71</sup>. Esta misma academia: "produce extraordinarios beneficios en toda la población, de cualquier naturaleza que sea. [...] -¿Y quiénes son los miembros? -"Todo el que tenga suficiente buen deseo para fomentar el contento bienestar de los hombres". Una clave del buen funcionamiento de la academia se encuentra en este pasaje: "el gobierno de nuestro país, deseoso de mantener el equilibrio político-social, protege tan benéfica institución, y ella en cambio, es, por decirlo así, el

Consejo Superior del Gobierno"<sup>72</sup>.

Aparece en este pasaje un interesante elemento que permite detenerse en las consideraciones de Holmberg sobre las relaciones entre ciencia y gobierno y entre científicos y políticos. Sobre este punto, algunos comentaristas han sostenido que Holmberg critica las articulaciones entre la ciencia y poder estatal y que, desde su perspectiva, el científico que se alía con el Estado pierde prestigio ante sus pares<sup>73</sup>.

Puede sostenerse, sin embargo, que en algunas impresiones de Holmberg se superponen dos niveles de análisis diferentes. Por un lado, es posible rastrear cómo el personaje piensa las relaciones entre la ciencia y los gobiernos y, en otro nivel, se puede argumentar acerca de la participación de los sabios en la política.

Existe una cantidad suficiente de información para sostener que planteaba en términos muy claros la idea de la necesidad del apoyo activo de los gobiernos para que se pudieran desarrollar las instituciones científicas. En una cita ya referida se hace mención a la necesidad de "protección oficial" para poder dar curso a un programa amplio de difusión de la ciencia. En otros pasajes se plantea, una y otra vez, la misma idea acerca de la necesidad de que los gobiernos intervengan activamente en lo que se refiere a la divulgación de los saberes científicos. En un párrafo destacado en relación con este tema, refiriéndose al potencial de un niño en lo referido a los estudios naturales, señala:

*"Me acompaña en aquel momento un niño, hijo del dueño de casa y me parece sentir en él la raza de los Lineos. Todo lo que antes miraba con indiferencia, despierta, en él, extraña curiosidad. No comprende porqué recojo aquellos yuyos, pero mis sencillas explicaciones, en lenguaje de niño, excitan su actividad, y mi vista se duplica con la suya, que descubre elementos ignorados en aquel montón informe de malezas. ¡Cuántos hijos de la naturaleza, como este, serían hoy el orgullo de la patria y de la ciencia, si los que los descubren pudieran tenderles una mano protectora!*

*¡No importa! Ya comienza a brillar una nueva aurora en el horizonte argentino. No está lejano el día en el*

69 Holmberg, Eduardo L.: El tipo más original y otras páginas (1878), Buenos Aires, Simurg, 2001, p. 22

70 Holmberg, Eduardo L., Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac. Fantasía espiritista, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875, p. 128.

71 Holmberg, Eduardo L., Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac. Fantasía espiritista, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875, p. 99.

72 Holmberg, Eduardo L., Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac. Fantasía espiritista, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional-Calle Bolívar 67, 1875, p. 94.

73 Gasparini, Sandra y Román Claudia, "Posfacio", en Holmberg, Eduardo L., El tipo más original y otras páginas, Buenos Aires, Simurg, 2001, p. 191

*que los sátrapas de la política intriguen por el amor de la ciencia y de los progresos intelectuales de la República, en todas sus manifestaciones*<sup>74</sup>.

La idea de que de la difusión y el interés por la ciencia funcionan como usinas generadoras de progreso para el país aparece en repetidos pasajes, Holmberg señala que de la difusión de las teorías científicas depende el éxito de las mismas y el tipo de desenvolvimiento de una sociedad. Afirma al respecto que es indiscutible: "la importancia de este género de investigaciones [científicas] con relación al desenvolvimiento de las ideas liberales, al progreso de la educación y, por lo mismo, al progreso positivo del país. Porque —y no pretendo ser el primero en decirlo— no basta tender vías férreas, abrir canales y facilitar el movimiento de riqueza material, fomentándola con las tentaciones de que hoy dispone la industria para activar a pueblos dormidos. Se puede ser muy rico y ser un bárbaro"<sup>75</sup>.

De este modo, el valor del conocimiento científico no es solamente un valor de orden teórico. Los conocimientos teóricos asumen un valor fundamental siempre y cuando puedan brindar bienestar y mejorías a la sociedad. La utilidad de la difusión y el alcance del progreso científico está articulada, por su parte, con el progreso productivo del país, que Holmberg aprecia como un tanto obstaculizado:

*"por no sabemos qué fantasma amenazador, que gazmoñería ridícula, no se enseña en nuestro país, a los niños que van a la escuela, lo que es la selección artificial, ni menos la natural. Estos conocimientos, con los cuales deslumbran de progreso otros países, serían más tarde, impulsos enérgicos que modificarían el estado de nuestra agricultura, porque el hacendado que supiera que las razas de animales son tan plásticas como la cera, y que de las operaciones selectivas se reportan siempre ventajas, no habría de ser tan empecinado que no procurara aplicar la ciencia a la mejora de las razas, lo que trae consigo más rápidamente la riqueza"*<sup>76</sup>.

Pero si hasta aquí aparecen en consonancia y armonía las ideas de protección del gobierno a las actividades e institu-

74 Holmberg, Eduardo L., "Una excursión por el Río Luján", en *El naturalista argentino. Revista de Historia Natural*, Tomo I, entrega VI, mayo de 1878, p. 163

75 Holmberg, Eduardo L., *Viaje a Misiones*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos, 1887, p. 26.

76 Censo General de la Provincia de Buenos Aires. Demográfico, Agrícola, Industrial, Comercial, & Verificado el 9 de octubre de 1881 bajo la administración del Doctor Don Dardo Rocha, Buenos Aires, Imprenta de El Diario, 116, San Martín, 118, 1883, p. 45.

ciones científicas y difusión de la ciencia para alcanzar el objetivo del progreso nacional en todas sus vertientes, incluida la productiva, las observaciones de Holmberg acerca de las relaciones entre científicos y participación política no aparece en idéntica sintonía. De hecho, pueden señalarse algunas de sus ideas acerca de lo nocivo que podría resultar que un sabio participe de la política, siendo el principal problema la falta de perspectiva en los terrenos que exceden a su propia preparación. En un relato de 1878, Holmberg señala:

*"Como todos los sabios [Toribio Cracks], opinaba sinceramente que ninguna especialidad era más noble, ni más digna del espíritu humano que aquella a la cual se dedicaba, y era tan intensa esta preocupación en él, que si se le hubiera nombrado para elegir emperador de Alemania, por abdicación o muerte de Guillermo, no habría vacilado en señalarle por sucesor alguno de los muchos minerologistas compatriotas o extranjero. El país no habría ganado mucho con semejante elección, porque no hay gente más inepta para gobernar los pueblos que aquella que se preocupa por el estudio de la Naturaleza. Hay tanto de artificiosos y convencional en las relaciones del que tiene la suma del poder y el que de derecho tiene el poder en suma, que de ningún mundo pueden establecerse vínculos duraderos entre un gobernante naturalista y un pueblo"*<sup>77</sup>.

Entonces, puede sostenerse que existen diferentes niveles en los que Holmberg piensa a la hora de remarcar cuáles son los espacios necesarios de validación y divulgación de la ciencia y las relaciones que deben existir entre éstos y la esfera de la política. Mientras que las academias, los círculos científicos y asociaciones similares sirven para un tipo de socialización del conocimiento y deben contar con el apoyo oficial necesario para convertirse en centros difusores de saber, son necesarios otros espacios de más clara articulación entre los saberes científicos y la sociedad, como los museos, los jardines y, obviamente, en el nivel más necesario e inmediato las escuelas:

*"Hambrientos, sedientos de libertad, necesitamos desparramar la instrucción racional, fundada en la Naturaleza, para que esa libertad sea un hecho, porque el arma fatal de la tiranía es la ignorancia, y mientras ella se esgrima no habrá libertad civil, política ni moral, en la extensa región que los hombres y la Independencia denominaron República Argentina,*

77 Holmberg, Eduardo L., "Olga" (*La Nación*, 1 de septiembre de 1878), en Marún, Gioconda (a cura de), Eduardo L. Holmberg. Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas (1872-1915), Madrid, Vervuert, 2002, pp. 85 y 86.

*porque la libertad no se concibe fuera del derecho y el derecho es una ilusión, cuando no se tiene conciencia de la personalidad individual, adquirida por el estudio de la Naturaleza, en cuyo seno nos agitamos. Ahí está el porvenir*<sup>78</sup>.

\*\*\*\*

Las consideraciones que hemos puesto de relieve acerca de las ideas de Holmberg sobre las representaciones de la Argentina en el bloque temporal comprendido entre comienzos de la década de 1870 y comienzos de la siguiente, permiten conocer algunas de sus preocupaciones, así como sus observaciones acerca de los principales conflictos irresueltos en el país y sus posibles soluciones. Configurando sus ideas sobre un escenario que consideraba amorfo, caótico y pasible de ser moldeado en consonancia con algunas ideas acerca del progreso, la modernización y la civilización, el tópico del fomento de la ciencia, la socialización entre los hombres que la practicaban y su necesaria difusión, aparecen como eslabones necesarios para alcanzar respuestas y soluciones frente a un caos que se percibe en términos generalizados.

Conviven, como intenté mostrar, en las obras científicas y literarias de Holmberg ideas acerca de la ciencia y su rol social, de los saberes y su utilidad, y de las formas en las que la ciencia puede ejercer algún tipo de influencia sobre la sociedad por medio del rol activo de los denominados sabios. De forma complementaria, tanto en sus textos de ficción como en sus monografías científicas, en los aportes publicados en El naturalista argentino y en sus conferencias, aparecen menciones, descripciones y críticas sobre las funciones de la ciencia ligadas a diferentes tipos de progreso, sobre el rol de las asociaciones de sabios, y sobre el resto de instituciones de corte científico en sus interacciones con la sociedad.

Estas fueron las líneas que Holmberg pensó, en la década de 1870, para proponer caminos de reforma -o de regeneración- y alcanzar el orden y el progreso por él anhelados. Para varios de los problemas que diagnosticó, propuso remedios ligados a las potencialidades de los saberes científicos y su difusión y este fue uno de los vectores que marcó su itinerario. En experiencias posteriores de su trayectoria, como cuando fue director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, de hecho, continuó propulsando la articulación del conocimiento con la difusión y la instrucción.

### **Paula Bruno**

*(Buenos Aires, Argentina, 1975) es Doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), fundó y dirige la Red de Estudios Biográficos de América Latina (REBAL).*

*Ha sido investigadora o profesora visitante en las siguientes casas de estudio: École des Hautes Études en Sciences Sociales (Paris), Universitat de Barcelona, Universitat de Girona, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Cdad. de México), Universidad Nacional Autónoma de México, Università degli Studi di Venezia "Ca' Foscari", Università degli Studi di Verona, Universidad Complutense de Madrid y European University Institute (Firenze). Recibió becas y subsidios de investigación de instituciones argentinas y de entes de investigación y cultura de México, Alemania, Italia y España, entre otros, para estudiar temas vinculados con la historia de las ideas, la vida cultural y de los intelectuales en Argentina, América Latina y Europa.*

*Recibió premios por sus obras, entre ellos: Premio Pensamiento de América "Leopoldo Zea", Premio Especial "Eduardo Mallea" y Premio "Gregorio Weinberg".  
Investigadora Independiente*

78 Holmberg, Eduardo, L. "El Museo de Buenos Aires. Su pasado-Su presente-Su provenir", en El naturalista argentino. Revista de Historia Natural, Tomo I, entrega II, febrero de 1878, p. 43.